

gnerio y el raciocinio de la generalidad de los
demás hombres, en testimonio de lo que con-
certa el cuerpo de la doctrina lo que es común a los
hombres, el raciocinio y el raciocinio de la ge-
neralidad de los hombres.

La adquisición de este conocimiento es la que
nos muestra, con que poder hacer a la certeza,
un conocimiento que sea a la verdad, los

CAPITULO XV.

CONFORMIDAD DEL METODO DE LOS FILOSOFOS CON EL DE LOS
HEREGES.

Dios es uno, y en las obras de Dios y en el ór-
den por el establecido, todo lleva impreso el carác-
ter eminente de unidad que le es propio. Cuanto
mas se extiende el pensamiento del hombre, tan-
tas mas relaciones descubre, y tanto mejor perci-

be el enlace que hay entre ellas, y la ley universal de donde dimanar. Hay grados infinitos en la inteligencia que se desenvuelve y eleva segun se acerca á la verdad, á la eterna é inmutable unidad, comenzando desde el ateo que únicamente velos efectos aislados é innumerables, hasta el entendimiento que contempla la primera causa de todos los efectos. *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, dice la Verdad viva, y como no hay mas que una verdad, tampoco hay mas que un camino para llegar á ella. Quien se aparta de este camino único, se aleja de la verdad y se abisma en el error; y como no es el error algo de subsistente por sí mismo, y sí solo una mera negacion de lo existente, no hay mas que un camino del error, así como no hay mas que uno solo de la verdad. Se avanza uno en este último camino *creyendo* por una autoridad infalible²; se avanza en el primero *negando* por su propia autoridad. Si mucho se niega, mucho se yerra; pero el error siempre

¹ *Ego sum via, et veritas, et vita.* JOANN. XIV, 6.

² « La fe echa fuera de la ciudad de Dios á la duda, » dice el célebre Huet. — *Fides dubitationem eliminat de civitate Dei.* De imbecillit. mentis humanæ, lib. III, n° 13.

queda, por lo que es en sí mismo, una mera negacion.

No hay ya por que sorprenderse de las muchas relaciones que hemos hecho notar entre todos los sistemas del error: necesariamente son idénticos en su principio; porque no habiendo mas que un modo de negar, no puede haber mas que un método de errar.

Para presentar este hecho mas inteligible aun, compararemos por menor el método de los filósofos con el de los hereges. No dudamos causará admiracion su semejanza, ó mas bien su perfecta conformidad.

El filósofo es un hombre que se constituye aislado del género humano, como el herege de la Iglesia.

Ambos parten de este principio, que deben hallar la verdad por sí mismos, y que son jueces en último estado de causa.

Ambos confiesan al mismo tiempo que no son infalibles.

Ambos buscan en sí mismos, el primero la regla de su razon, el segundo la de su fe.

Ni los filósofos, ni los hereges entre sí están de

acuerdo sobre esta regla que continuamente varia*.

Supone el filósofo que el género humano puede errar, otro tanto dice el herege de la Iglesia.

Hay, con todo, filósofos que admiten no podria equivocarse el género humano, bien entendido en ciertas circunstancias y bajo ciertas condiciones, sobre cuya calificacion quedan ellos constituidos personalmente los jueces. Tambien hay hereges que admiten la infalibilidad de la Iglesia en todo y por todo, como se dice de estos filósofos.

No hay filósofo que no admita algunas creencias del género humano, ni tampoco herege que no admita algunos dogmas de la Iglesia.

* Están muy conformes los hereges en que la Escritura es su regla, lo mismo que los filósofos dicen que la razon es la suya. Pero ¿por qué regla cierta interpretará el herege la Escritura, de suerte que esté plenamente asegurado de haber fijado el verdadero sentido. y por qué regla cierta de filosofía se asegurará él de que los juicios de su razon son *razonables*, ó conformes á la verdad? He aqui la cuestion sobre cuya resolucion varian sin cesar el herege y el filósofo, por serles imposible resolverla.

Ningun filósofo puede imponer á nadie obligacion racional de admitir las mismas creencias que él; y ningun herege puede hacer lo mismo con respecto á las mismas creencias por él admitidas*.

Nunca se aparta el filósofo de la creencia del género humano, sino por medio de la negacion: lo mismo sucede con el herege quanto á la doctrina de la Iglesia.

Aun el filósofo mismo que niega del todo la infalibilidad del género humano, se ve precisado á conceder como verdaderas mil cosas de creencia *universal*, de las que no tiene otra certeza que el testimonio del género humano: el herege que absolutamente niega la infalibilidad de la Iglesia, no puede menos de admitir como ciertos muchos puntos de la fe *católica*, de los que

* Por esto se toleran tan fácilmente los filósofos y los hereges; y se reúnen unos y otros para atacar á la Iglesia católica, que repele á todos igualmente. No es la diferencia de opiniones lo que humilla la soberbia; es *por el contrario* la obligacion de ceder, y obedecer á otra razon. Y si como se ve, hereges y filósofos, de cualquier clase que sean, están de acuerdo en la substancia saben muy bien porque.

no tiene mas certeza que el testimonio de la Iglesia.

Constituyéndose juez de todas las verdades, el filósofo prefiere su razon á la de todos los hombres, de quienes supone poderse equivocarse: el herege que se constituye juez de todos los dogmas*, hace preferible su juicio al de toda la Iglesia de quien supone poder errar.

Nada hay mas inconstante y opuesto que las opiniones de los filósofos; y nada mas variable ni mas inconexo que las doctrinas de los hereges.

Sobre la Escritura se apoya el herege como sobre la razon el filósofo; pero asi como no quiere el filósofo recibir la razon en que funda sus asertos de la sociedad, del género humano,

* Dirá tal vez el herege que no juzga los dogmas en sí mismos: bien lo creo; no juzga los dogmas que reconoce, *no pone duda en lo que él admite, en tanto que lo admite*, pero juzga si tal ó tal punto de la doctrina universal es verdaderamente un dogma. Tampoco juzga el filósofo, bajo el mismo sentido, la verdad en sí misma, pero juzga si tal ó tal nocion, tal ó tal creencia es una verdad, *y no pone duda en lo que le parece verdadero, en tanto que le parece verdadero*.

ni creer en ella por el testimonio de aquella y este, y menos someterla á su autoridad; por esto mismo se niega el herege á recibir la Escritura de manos de la Iglesia, á creer en ella por el testimonio de la misma, y menosaun someter la interpretacion de esta á su autoridad.

Busca el filósofo las pruebas de su razon en su razon misma, y el herege las de la Escritura en la misma Escritura.

El filósofo que desecha la autoridad de la *razon humana*, ó del género humano, no puede probar su propia razon; el herege que tampoco admite la autoridad de la tradicion ó de la Iglesia, no puede probar la Escritura.

La única autoridad del filósofo es su razon: la sola autoridad del herege es la *Escritura interpretada por la razon**

De aquí proceden dos reglas correlativas para el filósofo y el herege.

* Bossuet es quien presenta este principio del herege y los dos siguientes, como consecuencias necesarias del protestantismo, lo que no contradijeron Jurieu ni algun otro ministro. Véase *Système d'avertissement aux Protestans*, part. III, n. 17 y sig.

Primera regla del filósofo : La razon no debe creer sino lo claro y distinto.

Primera regla del herege : *La Escritura, para ser obligatoria, debe ser clara.*

Segunda regla del filósofo : Cuando la razon general de los hombres ó *el sentido comun*, parece atestar cosas incomprendibles, é inasequibles para la razon particular, es necesario contraer la razon general al sentido con el que pueda conformarse la razon particular, aunque parezca se violenta el sentido comun.

Segunda regla del herege : *En los pasages en que la Escritura parece enseñar cosas que no se pueden entender ó comprender, se debe volver la Escritura al sentido á que la razon pueda acomodarse, aunque parezca que se violenta el texto.*

Por último el herege que guarda consecuencia, concluye por dudar de la Escritura; y el filósofo consecuente, por dudar de la razon.

Los principios, las consecuencias, todo es comun entre el filósofo y el herege : jamas ha existido otra identidad mas perfecta, y consiste su método en reservarse siempre el derecho de ne-

gar. Mostremos ahora como el método que habemos expuesto en el *Ensayo*, se conforma en todos y cada uno de los puntos con el método católico.

CAPITULO XVI.

CONFORMIDAD DEL METODO EXPUESTO EN EL ENSAYO, CON EL
METODO CATOLICO

Para consultar á la brevedad, llamémos al que regula sus creencias y conducta por los principios expuestos en el *Ensayo*, lellamarémosdigo simplemente *el hombre*, pues en efecto no subsiste el hombre sino en la sociedad y por la sociedad

universal del género humano : y daremos simplemente al católico el nombre de *cristiano*; porque efectivamente no es uno cristiano, sino en la sociedad y por la sociedad universal ó católica de los cristianos.

El hombre da crédito á la autoridad infalible del género humano como tambien le da el cristiano á la misma infalible de la Iglesia.

Reconoce el hombre que puede equivocarse en las cosas mismas que le parecen las mas claras y mas evidentes, y que se equivoca con efecto, si su razon particular está en oposicion con la del género humano. El cristiano reconoce que puede equivocarse en las cosas mismas que le parecen las mas claras y evidentes, y que efectivamente se equivoca, cuando su razon particular está en contradiccion con las decisiones de la Iglesia.

Cree el hombre, lo atestado por el género humano, como verdadero, compréndalo ó no lo comprenda, y del mismo modo cree el cristiano lo que atesta la Iglesia ser verdadero.

Desecha el hombre lo reconocido por el género humano como falso, sin concebir como pueda

serlo. No admite el cristiano lo que la Iglesia reconoce como falso, aun ignorando como puede serlo.

Hay verdades generales atestadas por unanimidad en todos los siglos, verdades que admite el hombre, apoyado en el testimonio del género humano. Hay verdades de la misma categoria que admite el cristiano, fundándose en el testimonio de la Iglesia.

Hay verdades menos generales, leyes, hechos, admitidos por el hombre, mediante un testimonio no universal, ya en razon de los tiempos, ya en razon de lugares. Hay asimismo verdades menos generales, leyes, hechos, admitidos por el cristiano por medio de un testimonio no universal, respectivamente á los tiempos y á los lugares. Reconoce, por ejemplo, el cristiano ciertos hechos históricos, ciertas leyes de disciplina, por un testimonio no universal, con respecto al lugar; y cree el descubrimiento progresivo de ciertas verdades; en una palabra, presta su asenso á las decisiones de los concilios ecuménicos, por un testimonio no universal, con respecto al tiempo.

Hay cosas no decididas por el género humano,

y sobre las que pueden disputar los hombres sin ultrage de la autoridad del mismo. Hay cosas de que la Iglesia no decide, y sobre que pueden muy bien disputar los cristianos sin menoscabo de su autoridad: estas cosas no decididas, y acerca de las que puede disputarse, son *opiniones*, es decir, creencias inciertas. Pero si acontece que la autoridad general de los hombres ó la de la Iglesia, pronuncie sobre tales cuestiones, ambos, hombre y cristiano han de someterse al juicio de la autoridad general, el primero so pena de que se le declare loco, ó de muerte moral de su razon, y el segundo so pena de heregía ó de muerte real de su fe.

No hay conformidad ni acuerdo entre los hombres, como ni tampoco entre los cristianos, quanto á lo que no está decidido de esta suerte, es decir acerca de las opiniones, ó materias que se llaman opinables.

Cuanto mas racional es el hombre, tanto mas verdaderas le parecen las creencias generales del género humano: si racional es el cristiano, muy bien percibe la verdad de las creencias generales de la Iglesia.

En otros términos: se conforma el hombre con la razon universal de los hombres en las cosas humanas, en proporcion de la dosis de su razon. En proporcion de su racionabilidad se conforma el cristiano en las cosas divinas con la razon universal de la Iglesia, ó con la de Dios.

Depende la certeza de los pensamientos del hombre en las cosas humanas, de su conformidad con los juicios del género humano ó con la razon humana. La de las creencias del cristiano depende tambien de su conformidad con las decisiones de la Iglesia, ó con la razon divina.

Se pueden hacer objeciones sin término, y mas ó menos especiosas contra las creencias generales del género humano, y contra las mismas de la Iglesia asi como contra la autoridad de aquel y de esta.

Sin embargo, cuando abandona el hombre la regla de la autoridad, viene á extinguirse su razon privada de apoyo y guia, con respecto á las cosas humanas, y á sumergirse en una duda universal. Lo propio sucede al cristiano conduciéndose del mismo modo con respecto á las divinas.

No hay certeza, no hay razon, ni vida para el hombre, fuera de la sociedad; ni tampoco para el cristiano, fuera de la Iglesia, certeza, fe y vida.

« Es un error pensar haya siempre necesidad de examinar antes de creer. La felicidad de los que nacen, por decirlo así, en el seno de la verdadera Iglesia, consiste en que Dios haya concedido á esta una y tal autoridad, en virtud de la que desde luego se dé crédito á lo que ella propone, y que sea la fe quien preceda ó mas bien quien excluya al exámen..... Entre cristianos verdaderos lo primero es creer..... Por este medio no se pasa, como sucede á los re- formados, de un estado de duda á otro de certeza, ó..... desde una fe humana á otra divina. Desde que se comienzan á dar las primeras instrucciones de la Iglesia, se declara la fe divina, y nunca podria esto verificarse, á menos que su autoridad infalible no se anticipase á todas nuestras dudas y á todo exámen.»

1 Réflexions sur un écrit de M. Claude, Oeuvres de Bossuet, tom. XXIII, p. 562 y 574. édic. de Versailles.

La felicidad de aquellos que nacen, por decirlo así, en el seno de la sociedad, es que Dios haya dado á esta tal autoridad que desde luego se crea lo que ella propone, y que la fe preceda ó mas bien excluya el exámen. Entre los hombres verdaderamente razonables, lo primero que se hace es creer. De esta suerte no se pasa, como entre nuestros filósofos, de un estado de duda á otro de certeza, ó de una fe individual á otra humana. La fe humana se declara por de contado desde las primeras instrucciones de la sociedad, y nunca sucederia esto sin que su autoridad infalible previniera todas nuestras dudas y todo exámen.

¿Cómo conoce el hombre la autoridad del género humano, y se asegura de sus decisiones? Del mismo modo que el cristiano conoce la autoridad de la Iglesia, y se asegura de las decisiones de esta.

Hay hombres á quienes no es dado conocer las decisiones del género humano sobre varios puntos. Hay tambien cristianos que están en el mismo caso con respecto á las decisiones de la Iglesia.

Cuantas dificultades puedan presentarse al hombre acerca de esta regla de sus creencias, se pueden tambien presentar al cristiano quanto á la de su fe.

Igual respuesta que se puede dar á favor del cristiano, se puede aplicar con tanta razon á favor del hombre.

Uno mismo es el principio para ser cristiano que para ser hombre, y este principio es nuestra misma naturaleza. De aquí es que un ataque contra la regla de fe del cristiano, destruye la verdad, la certeza, la inteligencia, y al hombre todo entero.

¿Cuál fué el origen de los pensamientos del hombre, cuál la regla de su razon, el fundamento de su certeza, considerado en su estado natural ó perfecto, es decir, cuando al salir de las manos del Criador, nació á la inteligencia? Háblóle Dios y él dió crédito á sus palabras, creyó apoyado en una autoridad infinita. Tal es el principio y la base de la tradicion universal, la explicacion de nuestra razon y su ley jamas variable. Pero un espíritu mas poderoso, un espíritu maligno la seduce bien pronto y la extra-

via. *Seréis como Dioses*¹, dice él á nuestros primeros padres; es decir, vosotros mismos seréis vuestra propia luz, hallaréis en vosotros mismos la verdad, no dependerá vuestra razon mas que de sí misma. *Seréis como Dioses sabiendo el bien y el mal*: hasta el presente habeis creído por el testimonio de otro ser, ahora *sabréis* y no creéis sino por vuestra propia evidencia. Asi pues, el hombre que poseía la verdad porque creía, ya no se contenta con la fe, quiere *saber*, quiere juzgar; y al momento mismo, la duda y el error hacen su entrada en el mundo, para no salir sino al fin de los tiempos, cuando la Religion, fundada en la fe y la autoridad, triunfe de todas las opiniones falsas, nutridas por la razon ignorante y presumida. Entonces restablecerá el órden trastornado por el orgullo una última y eterna manifestacion de Dios; consolidará ella perpetuamente el reinado de la verdad, habiendo sometido todas las inteligencias limitadas á la infinita. Hasta aquel momento, serán dos los reinados, el de Dios y el del hombre; existirán

¹ *Eritis sicut Dei, scientes bonum et malum.* Genes., III, 5.

dos sociedades, la de la *fe* para conservar la verdad sobre la tierra, y otra sociedad de *ciencia* que perpetuará el error : y entre estas dos sociedades, siempre en estado de guerra como el bien y el mal, la luz y las tinieblas, una de ellas inmutable en sus principios é infalible en su enseñanza, se conservará constantemente, apoyada en una autoridad que sube hasta Dios ; y la otra sin principios fijos de estabilidad, sin unidad, no tendrá mas base que la razon variable é incierta de cada hombre. El Cristianismo, manantial de toda verdad y orden, el Cristianismo que comenzó con el hombre, es la ley de esta primera sociedad ; la filosofía, origen de todo error y desorden, la filosofía que comenzó con la caída del hombre tentado por la primera vez del deseo de *saber*, es la ley de la segunda.

CAPITULO XVII.

RESUMEN Y CONCLUSION.

Acabamos de descubrir y poner en claro, segun nos ha sido posible, la idea fundamental del *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religion*. No hemos dejado sin respuesta, ningun argumento algo digno de nota, y pensamos que si en efecto habia alguna obscuridad en nuestra